

Domingo XXV del Tiempo Ordinario - B



Debemos ser los primeros en servir a los demás

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Lecturas

Sab 2,12.17-20: Lo condenaremos a muerte

Salmo 53: El Señor sostiene la vida

Sant 3,16-4,3: Los que trabajan por la paz siembran la paz

Marcos 9, 30-37: El Hijo del hombre va a ser entregado.

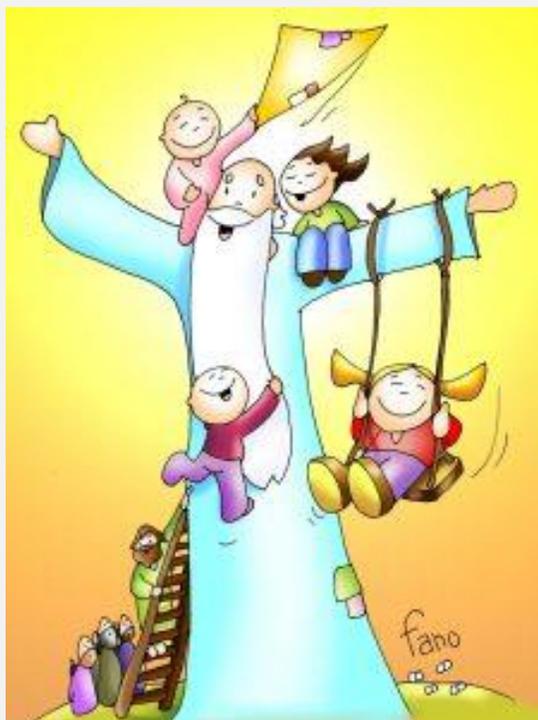
«El servidor de todos»

En aquel tiempo, Jesús atravesaba la Galilea junto con sus discípulos y no quería que nadie lo supiera, porque enseñaba y les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; lo matarán y tres días después de su muerte, resucitará». Pero los discípulos no comprendían esto y temían hacerle preguntas.

Llegaron a Cafarnaúm y, una vez que estuvieron en la casa, les preguntó: «¿De qué hablaban en el camino?» Ellos callaban, porque habían estado discutiendo sobre quién era el más grande.

Entonces, sentándose, llamó a los Doce y les dijo: «El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de todos».

Después, tomando a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: «El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a Aquél que me ha enviado».



Palabra del Señor

Nuestra ambición es poder servir

El libro de la Sabiduría recoge la experiencia de los profetas de Israel y nos presenta a la persona «justa» como modelo de sabiduría. El modelo de piedad no lo constituye la persona que hace sacrificios abundantes o que sigue con elegancia y delicadeza todos los pormenores de los ritos litúrgicos. La persona ideal es la que vive la justicia y muestra con sus obras que es posible realizar la voluntad de Dios en este mundo. Pero, aunque éste es el camino auténtico y querido por Dios, no por ello se puede realizar con simplicidad. La oposición no se hace esperar, incluso al interior de la familia o del círculo de amigos. El que tome el camino de la justicia, pronto se dará cuenta que hará el viaje en compañía de pocas personas.

La carta de Santiago nos da una explicación tan sencilla como eficaz de la causa de los conflictos en la comunidad cristiana: la ambición. En efecto, nadie roba, ni asesina, ni arruina la vida ajena, si no está movido por algún tipo de ambición. El deseo de ser más fuerte que los demás, de tener más capacidad económica, de asegurarse esta vida y la otra, no son sino manifestaciones de la ambición. El problema, es que las personas que piensan así, comienzan a ver al resto del mundo como un obstáculo a eliminar o como un puente sobre el cual pasar. Pero, el problema de tales conductas, animadas y patrocinadas por la sociedad, radica en que se constituyen en ideales de vida, incluso de personas que se proclaman como cristianos. La carta de Santiago nos invita a poner todas esas ideas a contraluz y a pasarlas por el inequívoco tamiz del evangelio. La codicia de dinero, prestigio y poder nos puede conducir por un camino sin regreso y nos puede alejar del cristianismo de manera irreversible, aunque nos sigamos considerando cristianos y vayamos a misa todos los días.

En el evangelio de Marcos, el «camino» representa el itinerario de formación de un buen discípulo. Jesús no quiere un grupo de fanáticos que le entonen vivas, sino un grupo de personas responsables capaces de asumir un proyecto. Por esta razón, sus esfuerzos se concentran en la enseñanza de sus seguidores. Pero, la instrucción parte de los desaciertos y de las respuestas erráticas que ellos van dando a lo largo del trayecto hacia Jerusalén.

Jesús debe superar el miedo cultural que invade a sus discípulos y que les impide dirigirse a su «Maestro» con toda confianza. Para esto utiliza una estrategia pedagógica ingeniosa: toma pie en la discusión de los discípulos que estaban concentrados no en su enseñanza, sino en la repartición de los cargos burocráticos de

un hipotético gobierno, y reconduce la discusión mediante un ejemplo tomado de la vida diaria. El «niño» era una de las criaturas más insignificantes de la cultura antigua. Por su edad, no estaba en condiciones de participar en la guerra, ni en la política ni en la vida religiosa. Jesús coloca a uno de los pequeños en medio, y muestra cómo el presente y el futuro de la comunidad está en colocar en el centro no las propias ambiciones, sino las personas más postergadas y simples. Sólo así se revierte el sistema social de valores. Y sólo así, la comunidad es una alternativa ante el «mundo», que ya sabe poner en el centro a las personas adineradas. La novedad de Jesús consiste en hacer grande lo pequeño, lo doméstico e insignificante.

Eso que Jesús revelaba –con una paradoja– era muy serio: Jesús identificaba su propia suerte y la de Dios con la suerte de los niños, los que no tienen derechos ni quién mire por ellos, los últimos, los despreciados, los no tenidos en cuenta. Porque en realidad todo él se identificaba con ellos: se había puesto de su lado, había asumido su causa como propia. Por eso decía que todo servicio hecho a ellos se le hacía a él mismo y, en definitiva, al Dios Padre de todos. Nuevamente ponía la jerarquía de valores de la sociedad al revés o, mejor, al derecho, «como Dios manda». Una sociedad que mira sólo por los de arriba –o en la que las decisiones que se toman sólo miran a favorecer a los que están arriba– no está en el orden que Dios quiere, no garantiza ni la Utopía ni la Vida.

El Resucitado es modelo de servicio

Al final, no juzgar a los niños

Después de la conquista de Alejandro Magno, hacia el 33 a.C, una gran colonia judía emigró a Egipto, a Alejandría, en el delta del Nilo, alegres por la libertad religiosa que tenían y la fe que podían transmitir a sus hijos. La pertenencia judía y griega no fue fácil por su incompatibilidad de ser fieles a su religión o a las costumbres griegas. Precisamente fue un sabio judío quien al ver como se extinguía la comunidad judía se dedicó a mantener viva la esperanza por la fidelidad, exponiéndose a la persecución por parte de los suyos: “Dios no nos abandonará jamás porque Él es nuestro padre.” Sus enemigos pensaban: “Tendamos una trampa al justo porque nos reprende de las faltas a los principios de nuestra educación. Condenémoslo a una muerte ignominiosa, porque dice que hay quien mire por él” (primera lectura).

Sin duda alguna que la verdadera sabiduría está en la fidelidad, comentada por Santiago: “Los que tienen la sabiduría son amantes de la paz, comprensivos, dóciles, están llenos de misericordia y buenos frutos, son imparciales y sinceros, los pacíficos siembran la paz y cosecharán frutos de justicia. Ustedes codician lo que no pueden

temer y acaban asesinando. Ambicionan algo que no pueden alcanzar y entonces combaten y hacen la guerra” (Segunda lectura).

Mejor acciones de bajar que deseos de subir

El evangelio de hoy es el segundo anuncio de la pasión de Jesús, que incluye la catequesis sobre la cruz: “Les decía: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, le darán muerte y tres días después de muerto, resucitará... pero ellos no entendían aquellas palabras y temían pedirle explicaciones” (Mc 9,30-32). Jesús insiste en que lo comprendan no como el mesías político judío, sino a la luz de la cruz y resurrección. Inexplicable que después de las palabras de Jesús los discípulos se pongan a discutir “quién era el más importante” sin tener en cuenta la cruz, ser último de todos y servidor de todos.

Se puede ser el primero, y no está prohibido para el evangelio ser el primero, solo que ser el primero no puede ser a costillas del otro, sino en beneficio del otro. “Él servidor de todos”. Entonces el camino no es subiendo, sino bajando; hay que cambiar el deseo de subir por las acciones de bajar.

Ser el último de la fila puede convertirte en el primero, todo depende de donde se parta. Todas nuestras medidas comunes de importancia y grandeza son tonterías infladas por el “ego”. Quién es el más importante es la condición para dirimir la mayoría de conflictos, desde los familiares hasta los políticos y económicos, matando al niño que todos tenemos en nuestro interior.

Una cita equivocada

Ni el niño, y muchísimo menos la niña, tenían dignidad en la Palestina del siglo primero; así enfatizaba Jesús: “el último de la sociedad y la casa pero el servidor de todos”. El término griego *paidós* también puede traducirse por “servidor”. “El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.

Si se nos autoriza a ser pequeños desde el servicio o dejar aparecer nuestro niño interior, estaremos dándole al mundo su dimensión precisa. Es necesario acoger en nuestra vida a nuestro propio niño y también al que tenemos delante de nosotros. Forma parte de la misión de los discípulos hacer de la casa y la iglesia el ámbito materno, casa en que los niños encuentren acogida sin debilitar su dignidad siendo respetados y acogidos.

En alguna oportunidad, por equivocación, un niño fue citado a un juzgado. Eso se llama una equivocación inspirada porque el niño es el jurado final ante quien nuestra civilización debe ser juzgada.

El amor verdadero se muestra en el servicio

S.S. Benedicto XVI, Ángelus del domingo 24 de septiembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

En el evangelio de este domingo, Jesús anuncia por segunda vez a los discípulos su pasión, muerte y resurrección (cf. Mc 9,30-31). El evangelista san Marcos pone de relieve el fuerte contraste entre su mentalidad y la de los doce Apóstoles, que no solo no comprenden las palabras del Maestro y rechazan claramente la idea de que vaya al encuentro de la muerte (cf. Mc 8,32), sino que discuten sobre quién de ellos se debe considerar «el más importante» (cf. Mc 9, 34). Jesús les explica con paciencia su lógica, la lógica del amor que se hace servicio hasta la entrega de sí: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9, 35).

Esta es la lógica del cristianismo, que responde a la verdad del hombre creado a imagen de Dios, pero, al mismo tiempo, contrasta con su egoísmo, consecuencia del pecado original. Toda persona humana es atraída por el amor —que en último término es Dios mismo—, pero a menudo se equivoca en los modos concretos de amar, y así, de una tendencia positiva en su origen pero contaminada por el pecado, pueden derivarse intenciones y acciones malas. Lo recuerda, en la liturgia de hoy, también la carta de Santiago: «Donde existen envidias y espíritu de contienda, hay desconcierto y toda clase de maldad. En cambio la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar, pura, además pacífica, complaciente, dócil, llena de compasión y buenos frutos, imparcial, sin hipocresía». Y el Apóstol concluye: «Frutos de justicia se siembran en la paz para los que procuran la paz» (St 3,16- 18).

Estas palabras nos hacen pensar en el testimonio de tantos cristianos que, con humildad y en silencio, entregan su vida al servicio de los demás a causa del Señor Jesús, trabajando concretamente como servidores del amor y, por eso, como «artífices» de paz. A algunos se les pide a veces el testimonio supremo de la sangre, como sucedió hace pocos días también a la religiosa italiana sor Leonella Sgorbati, que cayó víctima de la violencia. Esta religiosa, que desde hacía muchos años servía a los pobres y a los pequeños en Somalia, murió pronunciando la palabra «perdón»: he aquí el testimonio cristiano más auténtico, signo pacífico de contradicción que demuestra la victoria del amor sobre el odio y sobre el mal.

No cabe duda de que seguir a Cristo es difícil, pero —como él dice— solo quien pierde la vida por causa suya y del Evangelio, la salvará (cf. Mc 8,35), dando pleno sentido a su existencia. No existe otro camino para ser discípulos suyos; no hay otro camino para testimoniar su amor y tender a la perfección evangélica.

Que María, a quien hoy invocamos como Nuestra Señora de la Merced, nos ayude a abrir cada vez más nuestro corazón al amor de Dios, misterio de alegría y de santidad.

¿Por qué lo olvidamos?

P. José Antonio Pagola

Camino de Jerusalén, Jesús sigue instruyendo a sus discípulos sobre el final que le espera. Insiste una vez más en que será entregado en manos de los hombres y estos lo matarán, pero Dios lo resucitará. Marcos dice que "no entendían lo que les quería decir, pero les daba miedo preguntarle". No es difícil adivinar en estas palabras la pobreza de muchos cristianos de todos los tiempos. No entendemos a Jesús y nos da miedo ahondar en su mensaje.

Al llegar a Cafarnaún, Jesús les pregunta: "¿De qué discutíais por el camino?". Los discípulos se callan. Están avergonzados. Marcos nos dice que, por el camino, habían discutido sobre quién era el más importante. Ciertamente, es vergonzoso ver a Jesús, que camina hacia la cruz, acompañado de cerca por un grupo de discípulos llenos de estúpidas ambiciones. ¿De qué discutimos hoy en la Iglesia mientras decimos seguir a Jesús?

Una vez en casa, Jesús se dispone a darles una enseñanza. La necesitan. Estas son sus primeras palabras: "Quien quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos". En el grupo que sigue a Jesús, el que quiera sobresalir y ser más que los demás, ha de ponerse el último, detrás de todos; así podrá ver qué es lo que necesitan y podrá ser servidor de todos.

La verdadera grandeza consiste en servir. Para Jesús, el primero no es el que ocupa un cargo de importancia, sino quien vive sirviendo y ayudando a los demás. Los primeros en la Iglesia no son los jerarcas sino esas personas sencillas que viven ayudando a quienes encuentran en su camino. No hemos de olvidarlo.

Para Jesús, su Iglesia debería ser un espacio donde todos piensan en los demás. Una comunidad donde estemos atentos a quien más nos pueda necesitar. No es sueño de Jesús. Para él es tan importante que les va a poner un ejemplo gráfico.

Se sienta y llama a sus discípulos. Luego acerca un niño y lo pone en medio de todos para que fijen su atención en él. En el centro de la Iglesia apostólica ha de estar siempre ese niño, símbolo de las personas débiles y desvalidas, los necesitados de acogida, apoyo y defensa. No han de estar fuera, lejos de la Iglesia de Jesús. Han de ocupar el centro de nuestra atención.

Luego Jesús abraza al niño. Quiere que los discípulos lo recuerden siempre así: Identificado con los débiles. Mientras tanto les dice: "El que acoge a un niño como éste en mi nombre a mí me acoge, y el que me acoge a mí acoge al que me ha enviado".

La enseñanza de Jesús es clara: el camino para acoger a Dios es acoger a su Hijo Jesús presente en los pequeños, los indefensos, los pobres y desvalidos. ¿Por qué lo olvidamos tanto? ¿Qué es lo que hay en el centro de la Iglesia si ya no está ese Jesús identificado con los pequeños?

El evangelio en verso

José Javier Pérez Benedí

¡Cómo nos gusta, Señor,
estar en el candelero,
ser la admiración de todos,
copar el puesto primero!

No queremos entender
y preguntar nos da miedo.
Sin embargo, ser cristiano
tiene sus "reglas de juego".

El cristiano sigue siempre
el ejemplo del Maestro.
"Él no vino a ser servido
sino a servir, a ser siervo".

Jesús pide a sus amigos
tomar el "último puesto".

Quien ante Dios, se hace "niño"
es el "primero" en su Reino.

Si pensamos en honores
en triunfos, en privilegios,
con pesar, nos encontramos
muy lejos del Evangelio.

Nosotros, Señor, con fe,
queremos seguir tu ejemplo:
Dar en servicio de todos
nuestra vida y nuestro tiempo.

Tú, que en el Pan y en el Vino,
te escondes y haces "pequeño",
haz que, sirviendo, encontremos
nuestro gozo y nuestro premio.